

MARTES, 8 DE ENERO DE 2013

LLAMADA A LA ORACIÓN EN LA PLAZA DE DJEMAA EL FNA DE MARRAKECH

<http://www.youtube.com/watch?v=jcASoKhEwnE>

Moisés Cayetano Rosado

En el bullicio del mediodía, escuchamos la llamada a la oración desde las mezquitas de la Plaza de Djemaa El Fna, en Marrakech. Plaza calificada por la UNESCO como Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad (2001) y Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad (2008).

Desde la mañana a la noche todo es latir de vida, ilusiones, ilusionismos; nativos y turistas. Misterio y sueño. Luces, colores. Lucha y sonrisas. Penalidades y alegrías... Oír allí el canto del almuecín, mezclados los reclamos que vienen desde la próxima y gran Mezquita Kutubia con el de las otras menores de la misma plaza, resulta sobrecogedor.

Lo aconsejable es asistir a cada momento de las llamadas. De las cinco del día, porque cada una ofrece un panorama diferente de esta plaza donde se van dando cita los más variados personajes.

En la mañana temprano casi todo es vacío, tranquilidad, preparación para lo que enseguida se avecina. Ir y venir de proveedores con sus carros de mano, o tirados por burros, mulas, y también a motor; de furgonetas que recogen turistas en las cercanías, para visitas interiores y salidas a los hermosos pueblos, valles, costas, montañas a medio recorrido.



Ya aproximándose el mediodía trompetean los encantadores de serpientes; deambulan los aguadores; se instalan las mujeres que ofrecen realizar tatuajes con henna bellísimos para las manos y las piernas; asientan sus mercancías los vendedores de todo lo vendible; abren los puestos de frutas frescas armoniosamente colocadas en torres coloridas, de dátiles, higos, dulces de miel, almendra y sésamo... Se forman los primeros corros, se gritan todo tipo de mensajes por los predicadores callejeros, por los adivinadores del porvenir.

Cantan los ciegos. Nos sonríen vendedores políglotas desde los puestos de los alrededores, que dan paso al gran zoco desparramado por innumerables callejuelas...

Comemos en los múltiples restaurantes de los alrededores la deliciosa *harira*, los *cuscús* humeantes, los *tajines* de patatas y carne de cordero, las *brochetas* bien condimentadas... Tomamos el *té con hierbabuena*, caliente, humeante. Y mientras, la voz del almuecín de nuevo. Y los contorsionistas increíbles que se suman al gentío. Vendedores de todo tipo de lociones, de pociones, de remedios más que milagrosos, acreditados por cartelones de fotos a colores que prueban la veracidad de sus remedios salvadores.



Por la tarde, la llamada se mezcla aún con más gentío, con mayor vocerío, con más virtuosismo en los músicos que forman nutridos corros a su alrededor. Con el humo vertical que sale de los puestos de comidas que se levantan en el corazón de la explanada y donde los camareros te ofrecen “lo mejor y más barato” en sus puestos de largas mesas corridas. Danzarines. Echadores de suerte. Paseantes en bicicleta, en motos, sorteando a peatones con una habilidad circense. Apenas ya se cabe en el recinto tan extenso.

Y en la noche, la última llamada de oración nos cogerá con el mismo bullicio, con todo el gentío aún deseoso de participar en el enorme griterío, en el milagro de las pócimas, en el ritmo de los guembris, rabeles, dulzainas, qraqeb, tam tam..., asistiendo al cierre de tiendas en los alrededores, al último bocado en los tenderetes, a la compra final, al intercambio de mensajes y consejos, de saludos y buenos deseos para ir preparando un nuevo día.



Renovación continua en una plaza detenida en el tiempo, que engancha, invita a repetir. Voz de almuédano que sobrecoge, bronca y firme; no con la suavidad de terciopelo de las mezquitas de ensueño de Estambul, que este verano me extasiaron una vez más, sino con la reciedumbre del bereber sufrido que puebla estos espacios (¡a cuál más seductora!).

Espacios que desde Marrakech se ofrecen al Mundo como un regalo de valor incalculable e intangible. Como el justo Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad que es.